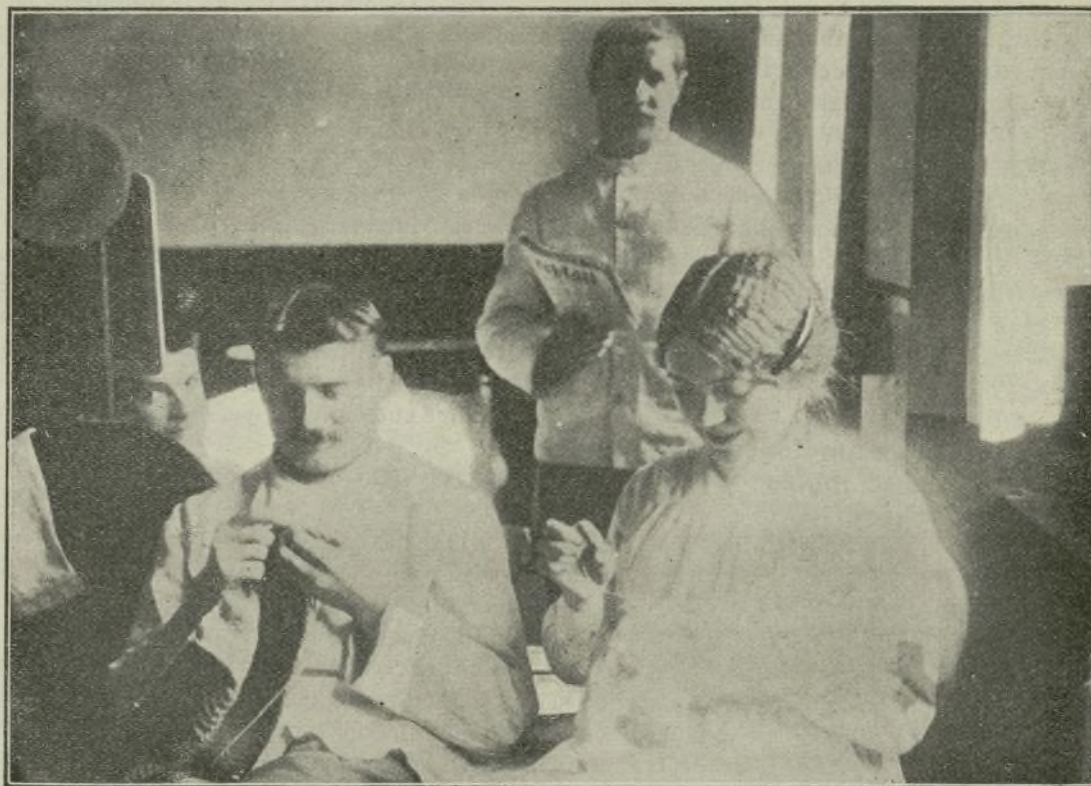


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 124.—BARCELONA 31 DE AGOSTO DE 1916



El dulce descanso, en un lazareto alemán para convalecientes

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Rusia y sus aliados.—II. La prórroga de funciones en el Parlamento inglés.—III. Palabras misteriosas.—IV. La cuestión de Polonia

I.—Rusia y sus aliados

Prodiga Rusia a torrentes la sangre de sus hijos; lucha con ahinco en su propio país, envía fuertes destacamentos a Francia, retiene y atrae a los turcos en el Cáucaso, invade Persia, trató de socorrer a los ingleses en Mesopotamia, y nunca ha titubeado en hacer los sacrificios que le han pedido. Abundan allí los hombres jóvenes y los entrega al plomo enemigo a cambio del oro y del material que necesita. ¡Triste cambio, en verdad! ¿Qué saldrá de esa permuta? Desde luego nada satisfactorio para el Imperio, al que la historia de los dos últimos siglos parecía que debía de haberle abierto los ojos. Pero Rusia, como un niño robusto y sano, se deja llevar por la impresión del momento y piensa poco en su porvenir. Poderosas son sus fuerzas, pero no son grano de anís las de su flamante aliado y eterno y natural adversario, Inglaterra.

Una vez más ésta ha triunfado sobre Rusia. No bastaba con atraer la atención de Rusia hacia el Oeste, para que abandonara sus planes sobre Asia; necesitaba como complemento, que surgiese un fuer-

te valladar que contuviera cualquiera tentativa de expansión hacia Oriente, y lo ha encontrado en el Imperio del Mikado. Japón ha ayudado poderosamente a Rusia, en material de guerra; cuanto más dure la campaña y más se debilite Rusia, tanto mejor para el país del Sol Naciente y para la Gran Bretaña. Pero los rusos no cuentan con numerario suficiente para pagar las compras y encargos que hacen en el Japón, por lo que éste, por vía de arras y de compensación, va recabando ventaja tras ventaja. Un día avanzan en la isla Sajalín, otro se aseguran el derecho a pescar en aguas rusas, más tarde se afirman en Mandchuria, luego se imponen en China, y recientemente se encargan de una de las más importantes vías férreas que parten de Jarbin. El hecho es que Japón ha ido suplantando a Rusia en el Extremo Oriente y cuando la segunda se dé cuenta, será tarde para remediar el daño. De este modo, Inglaterra consigue que Rusia abandone sus intereses en Asia y sólo se preocupe de su situación en Europa, y Japón, haciendo el juego a los ingleses, se redondea. El coloso está demostrando poseer una inocencia y un candor infantiles.

Pero hay una segunda parte, y es que el aumento de poderío del Japón ha de precipitar la aparición en la liza de un tercer factor, los Estados Unidos que, gracias a las maniobras británicas, comenzará por intervenir en Oriente y acabará por mediar en Europa, inventando para el caso una nueva doctrina de Monroe. Es un nuevo favor que deberemos a la nación protectora de los débiles y oprimidos. Si a esto añadimos la labor a que se entregarán los alemanes, después de la guerra, en China, habrá que convenir en que no faltarán motivos de inquietud a los hombres que se preocupen del porvenir. Rusia puede ser el árbitro y el dueño en Asia, con ventaja para la civilización, y se ha reducido a un elemento más de discordia en la diminuta Europa, dejando que en Oriente vaya germinando un semillero de conflictos. El comercio inglés y la ambición japonesa han triunfado sobre Rusia, que se diría incapacitada para obrar por su propia cuenta y atendiendo exclusivamente a sus intereses. Ella será la primera en lamentarlo.

II.—La prórroga de funciones del Parlamento inglés

El Parlamento inglés ha terminado el tiempo legal de sus funciones; debiera de disolverse la Cámara de los Comunes y convocarse a elecciones generales. Así lo demanda el respeto al derecho y a las libertades inglesas, y así lo aconseja el respeto a la voluntad popular. El Parlamento actual aprobó la declaración de guerra y metió a la nación en el conflicto, sin saber lo que iba a resultar de tan grave determinación; que se equivocó, lo demuestran mil hechos, entre ellos la oposición durante año y medio al servicio militar obligatorio, que al fin hubo de implantarse. Un Parlamento a quien la realidad ha desmentido y que no supo tener clara visión del porvenir, no es el más capacitado para decidir cuándo se ha de poner término a la guerra. Entró en la contienda a ciegas y en ellas ha continuado. Pero el país en general sabe ahora cuáles el alcance del conflicto, se da cuenta de sus necesidades, y los representantes que eligiera serían la verdadera expresión de la voluntad del pueblo en lo que atañe a la continuación de la guerra o al concierto de la paz. Entonces es cuando podría decirse si Inglaterra, toda Inglaterra, persiste o no en la actitud belicosa. Puesto que los hombres del 3 de agosto de 1914 se equivocaron y metieron a la nación en una aventura, nada más indicado que llamar a otros hombres para que, con conocimiento de causa y del estado del país, resolvieran libremente.

El Gobierno lo ha entendido de otro modo; ha conseguido que se apruebe un proyecto de ley, por el cual se prorrogan hasta el 31 de mayo de 1917 los poderes de la Cámara. Nunca faltan argumentos para todo. De los aducidos en esta ocasión, el único de fuerza es la posibilidad de que hayan de demandarse créditos extraordinarios antes de que el nuevo Parlamento pudiese ser convocado; con pedir ahora una suma prudencial se obviaría esta dificultad; y en cuanto a la clausura de las Cámaras durante algunos meses, mientras se efectuasen las elecciones, lo mismo ha sucedido en los dos últimos años, en que los períodos legislativos han sido pocos y breves. A con-

tinuación de lo ocurrido en Irlanda, la prórroga de poderes al Parlamento pone una vez más de manifiesto cuán desacordes andan las palabras y los hechos, que una cosa es hablar de derecho y libertad y otra practicarlas. Lo cual es, ni más ni menos, lo que ha sucedido siempre y en todas partes, sólo que nadie ha dado tanto énfasis e importancia a las palabras como los políticos y periodistas de Inglaterra.

Allanándose la Cámara a la propuesta del Gobierno, queda en cierto modo supeditada y sujeta a éste; la libertad de Asquith es mayor, y menor su responsabilidad; queda la suerte del Parlamento ligada a la del Gobierno. En este concepto, así como en el de que los hombres de agosto de 1914 siguen teniendo en sus manos el porvenir del Imperio, la medida que comentamos presagia nuevas batallas y un recrudecimiento de la lucha, pero indica también que no había demasiada confianza en que el país estuviera resuelto a seguir sacrificándose y prodigando su sangre y sus tesoros. De consiguiente, la posición del gabinete se ha debilitado, y de ello no pueden menos darse cuenta las personas que lo componen.

III.—Palabras misteriosas

Han sido y siguen siendo muy comentadas las frases pronunciadas por el expresidente Salandra, cuando una manifestación popular aclamó al famoso político, al recibirse la noticia de la toma de Gorizia. Salandra recabó para el rey la parte principal en la declaración de guerra al Imperio austro-húngaro, y añadió que el monarca había sido quien venció «fuertes resistencias» que se oponían a esa resolución. Se comprenderían y hasta serían plausibles las manifestaciones de Salandra si la guerra hubiese ya terminado, de un modo victorioso para Italia; ahora son, por lo menos, prematuras, porque se arroja sobre el soberano la responsabilidad de la guerra. Y esto, cuando la prensa alemana ha dado a conocer ciertas frases y cartas del rey, es delicado y no muy propio de un personaje que ha ocupado el primer puesto político de la nación.

En otro concepto ¿a quien y a qué se refieren esas «fuertes resistencias»? Una alusión a Giolitti se contiene en ellas, pero en estas materias conviene precisar y no dejar el campo abierto a suposiciones y conjeturas que a nadie favorecen. La embriaguez de un triunfo mínimo que no acredita mucho el poderío militar italiano, ha hecho olvidar la prudencia a Salandra, que sin duda se siente amargado por no haber podido saborear desde el poder las delicias de aquel éxito. La locuacidad no es cualidad muy recomendable. Es de suponer que en el Parlamento se tratará de esta cuestión, que traerá cola, como vulgarmente se dice, y agitará a las cancillerías el día que cesen las hostilidades. Nada se habría perdido con que este incidente, al parecer nimio, no hubiese tenido lugar.

IV.—La cuestión de Polonia

La imaginación de la prensa aliada no descansa un momento. Si la habilidad y maestría que las potencias del Oeste despliegan con la pluma, las realizarán con la espada, hace ya mucho tiempo que no quedaría un alemán para contarlos. Los periódicos

franceses e ingleses andan siempre a la caza de nuevos argumentos y ponen al debate materias tras materias, sin cansarse nunca, sin que se agote jamás su inventiva, y haciendo constante uso del mismo léxico, en el cual, por desgracia, no se registra la menor novedad. Es tan apasionado y poco limpio como el de hace dos años.

Los tales órganos de la *opinión pública* han abierto ahora una campaña contra el Kaiser porque, al cabo de un año de la entrada de los ejércitos alemanes en Varsovia, no ha concedido aún la autonomía a Polonia. Es decir, que lo que no hizo Rusia en un siglo, en plena paz y circunstancias normales, sin haber incurrido por ello en el enojo de Europa, dejado de hacer por Alemania, cuando subsiste el estrépito de las armas, es un horrendo atentado contra la civilización y la libertad de los pueblos. No se sabe si echarse a reír o indignarse. Más valiera que recordaran las solemnes promesas del gran duque Nicolás en agosto de 1914, todavía incumplidas; las decepciones repetidas sufridas por las delegaciones polacas que con tanta constancia como esterilidad, han multiplicado sus demandas y reivindicaciones en los últimos meses; el inaudito éxodo forzoso impuesto por los rusos a la población polaca, cuyos tristes restos han sido aventados en todo el Imperio; las miserias y sufrimientos sin ejemplo de los infelices *internados*, para los que no hubo una palabra de consuelo, y cuyas desgracias no fueron siquiera mencionadas en esa prensa que llena columnas y columnas narrando los horrores cometidos por los turcos en Armenia; que ha callado la rusificación emprendida a viva fuerza en Galizia, a la que se impuso el idioma, la religión, la moneda, todos los signos de la cultura moskovita; y que aún no ha dicho a sus lectores que los alemanes permiten el libre uso del polaco en la misma Universidad de Varsovia y en los municipios, eso que fué castigado implacablemente como un crimen por los rusos y que originó represiones sangrientas y deportaciones a granel a Siberia... Jamás ha conocido Polonia una era de condescendencia, presagio de otra de verdadera libertad, como la que goza ahora.

Pero la guerra, tal como la entienden algunos, es eso: se oculta lo bueno que hace el enemigo, a la vez que las más vulgares medidas militares se pintan como actos de repugnante crueldad. Quienes así se conducen, habrán de espiar más o menos tarde su pecado; aunque su adversario no fuera el juez que les sentenciara, del mismo seno de su sociedad saldrían los vengadores, porque cada vez que se tuercen los espíritus o se prescinde de la conciencia, la reacción sobreviene vigorosa. Predicando mal del enemigo, se da un funesto ejemplo a los elementos díscolos del propio suelo; fraguan la tormenta espiritual: ¿quién duda que sus efectos les alcanzarán antes de mucho? Esta será la hijuela de la guerra: el desasosiego, el malestar, la protesta airada, quién sabe si la revolución interior; y de ello a nadie podrán culpar los causantes, sino a sí mismos, a su pasión desenfrenada.

F. LARÍN.

EL RESURGIMIENTO DE RUSIA

Antes de la guerra, era opinión unánime en Rusia que su poderío militar era inferior y no igualaría en muchísimos años al del Imperio alemán. La guerra con Japón, que puso de manifiesto las excelencias de la organización y procedimientos alemanes—copiados al pie de la letra en el país del Sol naciente—fué un amargo desengaño para los pocos exaltados que se creían capaces de rivalizar con Alemania. Mediante la alianza con Francia, juzgó Rusia que había inclinado la balanza a su favor, pero no estaba enteramente tranquila. Alemania dominaba con su ciencia, su industria y su comercio todo el campo de la actividad rusa y dictaba leyes, recibidas como axiomas, en el campo de la milicia. En estas condiciones, así como los rusos marcharon poseídos de la convicción del triunfo al encuentro de los austriacos, desconfiaron de sí mismos cuando hubieron de habérselas con los alemanes. La experiencia de veinte meses de guerra les demostró que no se equivocaban. Militarmente, Rusia estaba bastante por debajo de Alemania.

Terminada la conquista de Curlandia, Lituania, Polonia y parte de Volinia por los imperiales, gran parte del pueblo ruso mostró deseos de concertar la paz, antes de que nuevas derrotas la hiciesen todavía más desastrosa, y la guerra hubiera cesado a no haber intervenido Inglaterra, que algo muy importante debió de ofrecer a Petrogrado cuando este Gobierno resolvió continuar las operaciones. La fracasada ofensiva de Kuropatkin, en la primavera última, en la región del Duina, aumentó los deseos de paz, y de nuevo hubo de mediar Inglaterra, ofreciendo esta vez una cooperación activa y enérgica de sus tropas al lado de las francesas. Entonces Rusia, que no se atrevía a nuevas pruebas contra los alemanes, hizo un esfuerzo supremo y se lanzó contra los austriacos, a la sazón comprometidos en el Tirol. El ensayo dió buen resultado; los austriacos fueron vencidos, y en su derrota arrastraron a una parte del ejército alemán. Como consecuencia, se han acallado los clamores de los pacifistas, se han avivado las esperanzas y las ilusiones han vuelto a imperar en los elementos directores y en el mando.

Hoy, sabe Rusia que ni la ocupación de ricas provincias, ni derrotas tremendas que superan a las mayores de los últimos siglos, ni la pérdida de millones de hombres, pueden hacer vacilar la fortaleza inquebrantable del Imperio; sabe que nadie puede competir con ella en el número de hombres, que su territorio es lo bastante grande para desafiar la más terrible invasión, que el poderío alemán es limitado, y que para no ser vencido el gran Imperio asiático-europeo le basta con que no se doblegue su voluntad.

El pan-eslavismo ha vuelto a crecer. Abandonando Rusia sus proyectos ambiciosos sobre el Este y centro del Asia, concentra sus miras en Europa, y la amenaza, que se cierne en primer lugar sobre Alemania, se extenderá, en un plazo más o menos largo, hasta las costas del mar del Norte y del Atlántico. Es el peligro asiático, la regresión a la edad media, lo que acaba de aparecer en el horizonte político sobre las nubes de los cañonazos de Brusilov. Al choque contra los alemanes, Rusia ha aprendido; ha

perdido aquel respeto, no exento de temor, que le inspiraba Alemania; se cree capacitada y en aptitud para las más difíciles empresas; y bien sabido es que la seguridad en sí mismo es uno de los factores del éxito. Rusia acaba de despertar a una nueva vida; el niño forzado y vigoroso, pero tímido, posee ya los arrestos del hombre. ¿Quién será capaz de detenerle en su camino?

Alemania era el valladar que la civilización occidental oponía a los vestigios e inquietudes de la oriental; convenía a Europa y al mundo que Rusia, recibiendo desde el centro de nuestro continente la cultura occidental, marchara como avanzada hacia el Este, y fuera ella la que abriera el Asia a las ventajas de nuestra civilización. Esta fué un tiempo su aspiración, y a ella obedeció la guerra contra Japón; Inglaterra, preocupándose egoístamente de sus posesiones del Indostán y atenta a que la ola civilizadora de Occidente no llegara a la India, púsose al lado del Japón, y la tentativa de Rusia se malogró; los moskovitas, rechazados en Oriente, pugnaron por extenderse hacia Persia y Afganistán, pero de nuevo se interpuso Inglaterra, y finalmente la fuerza viva de aquel inmenso Imperio se aplicó contra Europa, esto es, contra Alemania y Austria.

Aislada en sus islas y rodeada por el mar, Inglaterra se cree a salvo de la invasión asiática; se equivoca, porque una vez desbordado el torrente, las aguas no solamente correrán hacia el Oeste, sino que penetrarán por el Sur del Asia y llegarán desde el Tigris a la Indo-China. Y, de esta suerte, tendremos que deber a Inglaterra la catástrofe que significará la preponderancia rusa en Europa, la derrota de la civilización Occidental por la Oriental. Pero no es de civilización de lo que se preocupa la Gran Bretaña, sino de algo más material y vulgar. Sea en buen hora; pero es inconcebible que los hombres de Estado de otros países no antepongan los intereses más elevados y perdurables, eternos podríamos decir, que tienen a su cargo, a meras pasioncillas y conveniencias de momento, sin influjo ninguno en el porvenir de sus respectivas naciones.

Como dementes o como poseos, el Oeste y el centro de Europa trabajan febrilmente por destruir el dique que contiene las aguas de Oriente; quieren aplastar a Alemania, sin ver que la expansión rusa, la expansión asiática, sólo se detendrá a orillas del mar.

Laboran por su propia perdición, y, a ejemplo de Esaú, hipotecan y renuncian a todo su porvenir por el plato de lentejas a que equivale un éxito pasajero, insignificante y momentáneo. Esa inundación oriental es tanto más de temer y con menos obstáculos tropezará, si recordamos que las potencias del Oeste y Sur están quebrantadísimas y maltrechas, y en muchos años no podrán oponerse a un ataque vigoroso.

A pesar de las provincias que ha perdido; no obstante sus descalabros tremendos; pese a la ruina y miseria que se extienden desde el Vistula al estrecho de Behring y desde el mar Ártico al mar Negro no puede negarse que la presente guerra ha sido para Rusia una revelación. Ahora es cuando empieza a comprender cuán grande es su fuerza y cuán inagotables sus energías. Ya no piensa con pavor en Alemania; todavía la respeta, la teme, pero se atreve con

ella y cada día se convence más de que a la larga llegará a vencerla.

El daño que Inglaterra y Francia están causando al mundo, a Europa y a sí mismas, es de difícil remedio. Tendría que ser Rusia derrotada en la presente ocasión, mutilada en su territorio, y agotada económicamente, y, con todo, subsistiría el peligro. Posee aquel Imperio unos recursos naturales inmensos, se encuentra todavía en la infancia; ha de concluir por aplastar a todos sus vecinos, hasta los más remotos límites continentales.

Esa potencia latente, ni con guerra ni sin ella, no habrá nadie que la extinga ni la contenga. El gran problema consistía en impulsarla en la dirección conveniente a la humanidad y al mismo Imperio ruso, dirección que no era otra—hace siglos que se sabe—que la del Asia. Marchando en este sentido, Rusia hubiera avanzado como la vanguardia de Europa, y la magnitud de la empresa bastara para absorber y ocupar las actividades rusas. Pero en Asia se encuentra el Indostán y a uno de sus flancos Japón; esto ha motivado que Inglaterra, anteponiendo su interés material a todo, detuviera, primero, a Rusia en la senda que había ya pisado, y la moviera enseguida hacia el Oeste; Francia, con su alianza, que merecerá la reprobación de nuestros descendientes, ha sellado la torpeza. Tampoco está exenta Alemania de culpa, toda vez que hizo muy poco por apoyar a Rusia cuando ésta apuntó contra los intereses británicos en Asia, ni tampoco la apoyó como debía de haber hecho en aquellos días amargos de las batallas en Mandchuria.

Sólo una esperanza nos queda, y no es tan vana como pudiéramos creer, si atendemos a que el Providencial destino es quien rige la marcha y desenvolvimiento del progreso humano y de la civilización universal. Para que el peligro comience por quedar conjurado y luego se desvanezca, es menester, es indispensable, que de esta guerra salga Rusia vencida y humillada. Esto será el primer paso. Es menester, además, que abandonando el Kaiser sus generosas aspiraciones de concertar una amistad sólida y fecunda con Francia, se aproxime a Rusia y le brinde apoyo, cariño y concurso. Que la influencia y el dinero franceses en Rusia sean reemplazados por la amistad y el oro alemanes, para que Rusia vuelva otra vez sus miradas hacia el Asia. Es indispensable que el Kaiser se persuada de que Francia, llegada al apogeo de su civilización, comienza a ser un país caduco, y que resultarán estériles las tentativas, abortadas durante veinticinco años, para establecer un acuerdo cordial y sincero entre franceses y alemanes. Para el bien de la civilización, deseemos que Inglaterra se mantenga en su «espléndido aislamiento», y que una fuerte amistad se establezca entre Rusia y Alemania, después de haber sido derrotada la primera. De lo contrario, días de luto aguardan a Europa, mientras que el Asia permanecerá todavía algunos siglos en su actual atraso y en su inconcebible incultura. ¿Conseguirá Alemania arrebatarse a Inglaterra el cetro de la política internacional? En el fondo, éste es el único problema que se ventila en los campos de batalla,

.....

LA CAMPAÑA NAVAL

BUQUES MERCANTES ALIADOS Y NEUTRALES
perdidos desde el 4 de agosto de 1914 al 4 de agosto de 1916

N.º	Nombre del buque	Tonels.	Fecha	Sitio	Modo	Nacionalidad	Observaciones
414	Schielan	»	3 Abril 15	Spurhead	Mina	Holandés	
415	Southernseas	»	—	Beachyhead	Submarino	Inglés	
416	Nor	»	2	Dogger Bank	—	Noruego	
417	Flansenian	»	—	I. Shelleng	—	Inglés	
418	Lockwood	»	4	Startpoint	—	—	
419	Panerette	»	4	Antifer	—	Francés	
420	Green Briar	»	4	M. Norte	—	Yanki	
421	City of Bremen	»	5	Landsend	—	Inglés	
422	Olivins	»	—	Canal	—	—	
423	Hermes	»	—	I. Wight	—	Ruso	Velero
424	Northlanda	2.776	—	Beachyhead	—	Inglés	
425	Alcanthaua	»	—	Longstone	—	—	
426	Luigi Parodi	»	—	M. Irlanda	—	Italiano	
427	Clune	»	6	Canal	—	—	
428	Hungary	»	—	M. Norte	—	Ruso	Velero
429	Colonel Sonis	»	9	Canal	—	Francés	
430	Zartina	»	—	Grimsby	—	Inglés	Pesquero
431	Strathnaizn	»	17 Junio	Mildforhaven	—	—	
432	Straford	»	—	M. Irlanda	—	—	
433	Breskens	»	—	M. Norte	—	—	Pesquero
434	Verlandi	1.000	—	—	Mina	Sueco	
435	Turnvell	»	17	Mildforhaven	Submarino	Inglés	F. de t.
436	Petreal	»	4	Aberdeen	—	—	Pesquero
437	Explorer	»	4	—	—	—	
438	Japónica	»	5	—	—	—	
439	Traffard	215	17	M. Norte	—	—	
440	Dalcie	2.000	19	Suffolk	—	—	
441	Ailisa	»	19	M. Norte	—	—	
442	Aillism *	»	20	Leich	—	—	
443	María Grazie	»	20	Adriático	Cañón	—	
444	Kokos	»	21	M. Norte	Submarino	—	
445	Granit	662	21	—	—	Noruego	C. auxiliar
446	Dew	3.000	18	Hartlepool	—	Inglés	
447	Svein Jarl	1.135	20	Longstruc	—	Noruego	
448	Venus	»	22	M. Norte	—	—	Sólo tirar víveres
449	Darisbrook	»	22	Kinnaird	—	Inglés	
450	Belgrave	»	22	Pembroke	—	—	
451	Punisian	4.881	23	Pakefieds	—	—	
452	Quitewaters	»	24	Shetland	—	—	
453	Viccrov	»	—	—	—	—	
454	Leodensky	»	—	Fair Tusel	—	Ruso	
455	Trauna	»	25	I. Shetland	—	Noruego	
456	Edith	»	27	Youghal	—	Inglés	
457	Lucena	248	29	Bally Cotton	—	—	
458	Indrain *	»	27	Tuskar	—	—	
459	Indriani	5.706	28	Smalls	—	—	
460	Cambuskeneth	»	29	Galleyhead	—	Noruego	Velero
461	Jeso	»	30	Tynemouth	—	—	
462	Río	»	24	Grimsby	—	—	
463	Keres	»	26	Báltico	—	Holandés	
464	Scottish Monarch	7.500	1 Julio	Queenstown	—	Inglés	
465	Armenian	9.000	—	Cornwallis	—	—	
466	Thisblebank	»	—	Fasneth	—	—	
467	Rodko	»	1	M. Irlanda	—	Noruego	
468	Sardomene	»	2	Musonhead	—	Italiano	Velero
469	Caucasion	4.700	2	»	—	Inglés	
470	Inglemoor	4.300	2	»	—	—	
471	Tower	»	2	Goolhaven	Submarino	—	Velero
472	Wellburg	4.000	—	Lucenstown	—	—	
473	Lomas	»	—	I. Scánill	—	—	
474	Narna	9.014	—	Leith	—	Noruego	
475	Runcinin	»	—	Hartlepool	—	Inglés	
476	Koska	1.695	1	M. Irlanda	—	Noruego	Velero
477	Dumfrislive	2.565	29 Junio	Smalls	—	Inglés	
478	Richmond	»	3 Julio	Plymouth	—	—	
479	Boduognard	»	—	C. Inglesa	—	Belga	
480	Craigard	5.286	4	Plymouth	—	Inglés	
481	Gjess	1.094	4	Tynemouth	—	Noruego	
482	Carthage	»	4	Helles (Dardane-	—	Francés	
483	Hirondela	325	5	Quessant [los]	—	—	Goleta
484	Renfrew	»	3	I. Scilly	—	Inglés	
485	Larchmore	»	3	—	—	—	
486	Sunbeam	»	5	Wiok	—	—	
487	Kalifornian	5.000	5	Queenstown	—	—	
488	Fierry Cross	»	5	M. Norte	—	Noruego	
489	Brek	»	6	Harwick	—	—	
490	Goodby	3.407	1	Westhartlepool	—	—	

(Continuará)

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Un viaje... con la imaginación

—¿No les agradaría a ustedes efectuar un viaje por el teatro de la guerra?

(El señor A).—¡Extraordinariamente!

(El señor B).—Sobre todo, al frente inglés. ¡Qué prodigios debe de haber allí!

—No lo sabe V. bien; cosas estupendas, jamás vistas ni oídas. Lo malo son las balas de los bárbaros teutones, que no distinguen entre enemigos y viajeros.

(El señor A).—Casi me arriesgaría a exponerme a los peligros, si supiera que me autorizarían para verlo todo, para hablar con los héroes, contemplar a los caudillos...

(El señor B).—Yo me contentaría con los servicios de retaguardia.

—V. siempre práctico, señor B. Las trincheras y la gloria para el señor A, y V. en los cafés, en los casinos, en los clubs, en los campos de recreo, bien comido, mejor bebido, agasajado a cuerpo de británico y ¡vengan penas!

(El señor A).—¡Es una lástima que no podamos realizar nuestro deseo!

—Más de una vez he pensado en lo tontos que se han vuelto los beligerantes. Tienen a su alcance un medio de obtener el dinero que necesitan, y lo desprecian. ¿Habría nada más práctico que declarar un armisticio cada dos meses, por ejemplo, y autorizar a los neutrales la visita a las trincheras, mediante el pago de cien o doscientas pesetas por persona?

(El señor B).—¿Y por qué no libras, don Subrio?

(El señor A).—¿O francos?

—Porque son monedas *sevillanas*, que valen poco. De América vendrían los yankees a porrillo, y si se les permitiera llevarse piedras o huesos o yelmos, como recuerdo, mediante un estipendio razonable, los beligerantes se hincharían de dinero. También podrían tasarse otros gustos: por tocar la guerrera del general Joffre, tantos dólares; por ver de lejos a un general belga, otra cantidad; por besar las faldas de los highlanders, cien pesetas; por tener entre las manos la punta de un casco prusiano auténtico, quinientos duros...

(El señor A).—No me hable V. de estas cosas, porque me entran unos deseos locos de trasladarme a Francia y gestionar un permiso en toda regla.

—Y luego ¿V. ha pensado en el goce inefable de ver a Barrés, exponerse al alcance de la punta de la bota de Hindenburg, respirar el mismo aire que ha exhalado de sus pulmones Porro della Bicoca e Sancta María, estudiar la civilización con los cosacos o aprender en Irlanda la práctica de la libertad? ¡Ah! ¡Oh!

(El señor B).—¡Y el Parlamento británico! ¿Dónde me deja V. el Parlamento británico?

—Lo dejaremos, si a V. le parece, en un sótano, por si llegan los zeppelines.

(El señor A).—¡Reliquias sacrosantas del genio y del heroísmo de Francia! ¡Quién pudiera contemplarlos de cerca, nutrirse con...

—¡Caracoles! ¿Desea V. nutrirse con reliquias? Deja V. atrás a aquel escritor, escribano o escribiente, que en cuanto transpone la frontera se hinca de ro-

dillas y, a la manera del sabio, se alimenta de la hierbas arrojadas por Maurras. Así nos resulta después su literatura completamente corderil. Pero, volviendo a nuestro tema, ¿qué desearían ustedes visitar con preferencia?

(El señor A).—¡Tantas cosas, tantas, que no sé por dónde empezar! Primero, recrearme en la contemplación de aquellos bravos que ganaron la batalla del Marne.

—Quedan ya muy pocos.

(El señor A).—Después, llegarme a Verdun... ¡Oh Verdun!... tumba del prestigio del hijo del Kaiser y símbolo de humillación del poderío alemán.

—Tiene V. razón; los alemanes no hacen más que retroceder; cada día pierden terreno y están más asustados. El general Petain es un astuto que no les deja escapar y les tiene allí sujetos y encadenados. ¡Oh, Petain, Petain!

(El señor A).—Recorrer las defensas de Vaux y Douaumont, el fuerte de Thiaumont...

—Se le ha pegado a V. la fraseología gala. También me agradaría a mí visitar aquellos lugares, donde las obras de defensa se reducen a meras trincheras cuando se pierden, y se transtorman en poderosos fuertes cuando se recobran. En tres o cuatro días, la famosa obra de Thiaumont ha quedado monda y calva como una bola de billar y ha resurgido cinco o seis veces como fuerte acorazado y henchido de cañones. ¡Lo que discurren los franceses! ¡Así se comprende que los alemanes no puedan con ellos!

(El señor A).—¿Y la catedral de Reims? ¡Meditar en aquellas sublimes ruinas, testimonio eterno de la barbarie alemana! ¡Y la catedral de Soissons!

—En eso, yo sería más afortunado que V., porque recorriendo la zona ocupada por los alemanes no encontraría iglesias en ruinas, ni hospitales acibillados a balazos. Bien sabido es que las granadas francesas son más inteligentes y cuando van a dar en una iglesia se desvían. ¿No es verdad?

(El señor A).—Pasear por los *boyas* de comunicación y las trincheras, con la cabeza gacha...

—Y las orejas también; estamos en el secreto, señor A.

(El señor A).—..., palpando el terreno reconquistado, libertado del yugo alemán, testigo de proezas sin fin y de inmarcesibles hazañas...

—¡Qué lástima que al otro lado de esas trincheras el terreno sea también francés, o al menos lo era antes!

(El señor A).—Contar las piezas de artillería, extasiarme ante los montones de proyectiles, quedarme suspenso viendo los vuelos de millares de aviones, sentir a mi alrededor toda la fuerza inmensa, incontrastable de Francia...

—Permita V. que diga, como el boticario del anuncio: lo saben las madres.

(El señor A).—Después, regresar a París, entrar en aquellos templos del humano ingenio, donde los sacerdotes de la moderna cultura...

—¿Se refiere V. a las peluquerías o a los talleres de los modistos?

(El señor A).—¡Por Dios, don Subrio! Aludo a las redacciones de los periódicos.

—¡Es verdad! No había caído.

(El señor A).—Posar mis manos en aquellas me-

sas, coger las plumas, sentarme en las sillas, repasar las cuartillas, lanzar bocanadas de humo...

—Es V. insaciable, señor A. De paso, negociaría V. el permiso para traducir, libre de derechos, algún libracó, o un novelucho, una o de esas comedias morales que en nuestro país sólo pueden oír los que no saben francés y ver los cortos de vista, o, cuando menos, un vaudeville alegrito, muy alegrito... Observo que va V. a descarrilar y aún me querrá llevar a otros asombros de París; por si acaso, corramos el velo. Y, V., señor B ¿por qué cosas siente V. más curiosidad?

(El señor B).—Primero de todo, me gustaría medir los avances ingleses, para dar un formal mentís a los que se obstinan en negarles importancia.

—Con que vaya V. provisto de una yarda, algo más corta que un metro, tiene V. bastante. Pero no se lo aconsejo a V., porque creerían que llevaba V. una estaca, y a los britanos les hace mal efecto ese adminículo.

(El señor B).—Después, inspeccionar los almacenes de conservas, jamón, carne, bebidas, dulces, chocolate, mermeladas, puddings...

—¿Eso, sería un viaje de bodas o de guerra? ¡Caramba, con el señor B!

(El señor B).—Descender a las cámaras acorazadas del...

—¿De Flandes, especialmente de Ipres? ¡Le acompaño a V.!

(El señor B).—¡No, señor! Del Banco de Londres, para deleitarme con las fabulosas cantidades de oro y de billetes allí almacenadas. ¿Ha conocido jamás el mundo una grandeza comparable con la británica? ¿Y los Doks de Londres? ¿Y la City? ¿Y los estuarios del Támesis? ¿Y los...?

—¿De este modo entiende V. una visita al frente?

(El señor B).—Hemos quedado en que al frente iría el señor A; luego me contará sus impresiones, y yo a mi vez...

—Le cobrará la cuenta. No está mal discurrido. ¿No le gustaría ver nada más?

(El señor B).—Los vastísimos cotos de caza, los campos de foot-ball, los castillos de recreo, los parques que miden kilómetros y kilómetros de terreno, los...

—¿No siente V. curiosidad por el frente ruso? Porque podríamos llegarnos a él.

(El señor B).—Le diré, en confianza, que aquellos soldados huelen muy mal; se bañan poco. Además, como les conviene batirse, no me parece prudente que les interrumpamos. El armisticio, para fines de turismo, sólo lo aplicaría desde el Iser al Sómme, que es el sector más aseado y más presentable.

—Es una idea luminosa, señor B, como todas las de V. Sólo que el drama y la tragedia se representarían en unos puntos y la comedia en otros. Tal vez se permitiera V. una escapada a Macedonia y Salónica.

(El señor B).—¡Uf! ¡Codearme con griegos y con serbios! ¡Atravesar el Mediterráneo!

—Ni una palabra más: me olvidaba de los submarinos. ¿Tampoco a Mesopotamia? ¿Ni a Persia? ¿Ni siquiera a Egipto?

(El señor B).—Hace demasiado calor, y en Londres se está mejor; lo único que me permitiría es

tomar unos baños de mar en Dunquerque o Boulogne. La higiene es lo primero, créame V., don Subrio, después de tener satisfechas todas las demás necesidades y una buena reserva en un Banco. La labor civilizadora se la encomendaré al señor A, cuyas felices aptitudes reconozco.

—Pero al Tirol, donde hace tanto fresco, o al Isonzo, sí que me acompañaría V. Nos detendríamos en Florencia, en Milán, en Venecia, pediríamos una entrevista a Annunzio, veríamos los airosos sombreros plumeados de los bersaglieri, treparíamos al Col di Lana, donde está el famoso túnel...

(El señor B).—¡Arte, poesía, ilusiones! ¿Hay nada que iguale al armonioso sonido de una libra esterlina? ¡Un viaje a Italia! Lo que hacen los italianos lo hizo antes Ambrosio... y también lo sabemos hacer nosotros.

SUBRIO ESCÁPULA

EN EL ASALTO DE NOWO-GEORGIEWSK

Tomada Varsovia, la caída de Nowo-Georgiewsk era cuestión de días. Ya se habían forzado algunos de sus fuertes del N. O. y encontrándome yo, el 16 de agosto, en el Cuartel General de von Beseler se recibió con gran satisfacción la noticia de la conquista del fuerte núm. 15. El coronel general von Beseler se expresaba, sin embargo, con muchas reservas. La guarnición de la plaza sabía que estaba completamente cercada y no tenía que esperar auxilios de fuera. Era, pues, seguro que se defendería con gran tenacidad.

El 17 de agosto me trasladé, en compañía de algunos oficiales, a Cegielnia, desde donde se batía con artillería pesada el fuerte 16. Por encima de las posiciones de la infantería alemana estallaban numerosos shrapnells. Las bombas de iluminación daban la señal de seguir alargando el tiro. La infantería, por lo tanto, avanzaba.

Desde Cegielnia seguimos a pié hasta la posición rusa tomada el 13 de agosto después de violenta lucha. Los fosos estaban llenos de efectos y cascotes de las obras; se veían calderos de sopa no consumida y las ollas de patatas, el pan y el menaje esparcidos indicaban que el asalto sorprendió a los rusos en el momento de la comida. En un ángulo del parapeto estaba colgada una imagen bastante grande y dorada de la Virgen de Czenstochau y alrededor había libros piadosos en polaco.

Situado en una pequeña altura, pude observar cuán resueltamente avanzaban los soldados alemanes contra el fuerte núm. 16 y cómo desempeñaban su misión los camilleros, en medio del fuego. En el lindero del bosque, a unos dos y medio kilómetros de Pienki, habían hecho alto los rusos; su infantería y ametralladoras se ocultaban detrás de una larga fila de escudos protectores. Este lindero de bosque era el objetivo del fuego alemán.

El espectáculo era el ordinario, el que no pueden resistir los temperamentos nerviosos de constitución débil; nubecillas de explosión blancas y columnas de polvo negras, y a todo esto el tronar gigantesco de los cañones, pues por todos lados nos envolvían las baterías en fuego. Se tenía la sensación de que un anillo de hierro fuera estrechándose alrededor de

la desventurada plaza que debía ser en aquellos momentos un verdadero infierno, estando ya sellado su destino. También se notaban ciertos síntomas de desmoralización en los defensores. Hoy había sido un capitán con toda su compañía el que se acercó para entregarse, anunciando que otras tropas seguirían su ejemplo. Se decía, sin embargo, que el gobernador de la plaza, general Bobr, que en esta guerra había perdido a su mujer y a su hijo, estaba resuelto a defenderse hasta perder la vida.

Cuando regresé a Cegielnia y llegaba a este destruido pueblo, cayó una granada junto a mi automóvil, siguiendo con muy poco intervalo otras seis que levantaron columnas de polvo negro y gris obscuro.

por el N., cerca del sitio en que éste desemboca en el Vístula, había sido volado, pero se construía un puente militar, como lo demostraba el material aparcado. Se habían tendido sobre el Wkra una serie de vigas, y por ellas marchaba sin cesar un torrente de prisioneros. Esta tropa parecía contenta; algunos cantaban muy animados; otros iban desfallecidos y tenían que apoyarse en los compañeros de piernas más firmes.

Aguardamos para interrogar a algunos oficiales alemanes, que nos dijeron que el ataque decisivo se había efectuado contra el sector Nordeste en el ángulo entre el Wkra y el Narev. La última posición preparatoria de artillería estuvo compuesta durante



Globo-cometa, aparato muy empleado en el frente occidental. (Fotografía facilitada por el Parque de Aerostación de Guadalajara)

Los rusos buscaban una batería establecida junto al pueblo. Retrocedimos hacia C..... y nos dispararon otras cuatro granadas. Habíamos puesto la capota porque llovía, y así no vimos la caída de las granadas, pareciéndonos, sin embargo, que nos perseguían y las explosiones se aproximaban. De pronto se detuvo nuestro auto en el barro; hicimos marcha atrás para sacar el coche y volvimos adelante a toda marcha, no logrando sino enterrarnos más en el fango. Tuvimos que pedir auxilio en un vivac próximo, y finalmente llegamos sanos y salvos a Varsovia.

Nos sentábamos a la mesa al día siguiente, cuando mi compañero Gangofer trajo la noticia de la capitulación de Nowo-Georgiewsk. Él mismo había entrado en la ciudad con las tropas. Apresuradamente marché a la ciudad conquistada.

El puente sobre Wkra, un afluente del Narev

algunas horas, de 80 piezas de grueso calibre, y de ellas 60 ocupaban sólo un frente de tres kilómetros.

La plaza con sus obras abarcaba un recinto de 50 kilómetros de longitud. Se calcula ordinariamente un hombre de guarnición por metro de periferia. Así defenderían la plaza 50,000 hombres. El número de los prisioneros ascendió a 90,000 hombres; pero entre ellos había una mitad de trabajadores militares. El ataque, que por último venció la resistencia rusa, fué efectuado por tropas de la landwehr sajona, precisamente por la brigada del conde Pfeil. Abierta por los alemanes la gran brecha en el cinturón de fuertes, envió el general Bobr, a las 11 de la noche del 19 de agosto, dos parlamentarios para proponer al coronel general von Beseler la rendición de la plaza. El general en jefe alemán los despidió porque exigía la propia firma del gobernador

al pie de la capitulación. Por último, se presentó éste y firmó la entrega, haciendo, sin embargo, la salvedad de que no podía responder de un par de fuertes del S., cuyas guarniciones querían resistir a toda costa. Beseler contestó ordenando que fueran cañoneadas aquellas obras.

Cansado de esperar el desfile de prisioneros, supliqué a un sargento alemán que me abriera paso, y así llegué a la otra orilla. También allá hormigueaban en los caminos los prisioneros; muchos de ellos estaban borrachos.

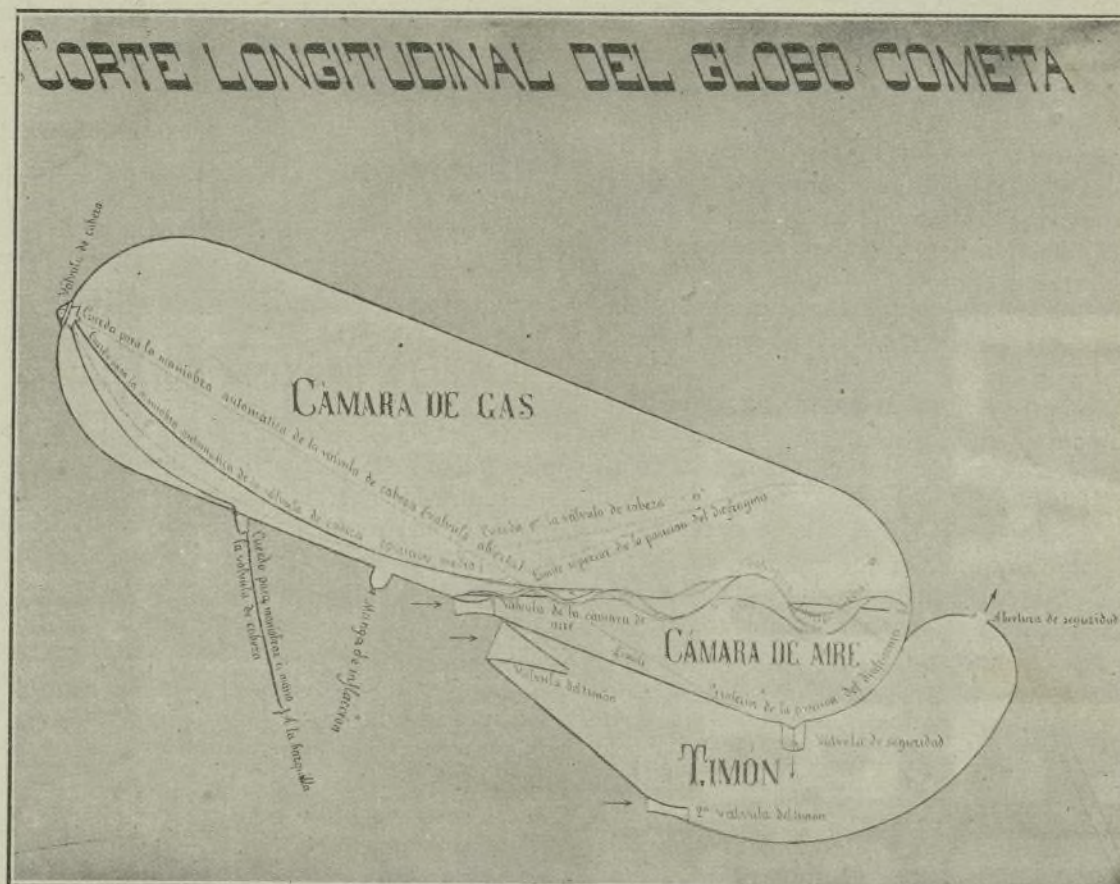
«¿Cómo os habéis procurado aguardiente?» pregunté.

Un ruso de barba negra me contestó con lengua torpe: «Algunos han encontrado *wodka*, y se han ale-

caballos muertos; unos habían sido heridos por las granadas, otros sacrificados para que no cayeran en poder de los alemanes. En otros sitios se amontonaban también los caballos muertos.

Nubes de humo densísimo se elevaban desde la de oficiales, almacenes, todo estaba en llamas, y por las ventanas como en los hornos de fundición, se notaban en el interior estallidos, que eran producidos por la cartuchería. Seguimos a lo largo de los edificios incendiados, la orilla del Narev hasta su desembocadura en el Vístula. Nadie estaba allí seguro.

En cualquier momento podía volar un depósito de municiones, y desde la orilla S. del Vístula que en parte ocupaban aún los rusos, se nos hacía



Interior de un globo-cometa. (Fotografía facilitada por el Parque de Aerostación de Guadalajara)

grado, otros no han encontrado nada y están tristes». Esta contestación fué celebrada por los rusos con risotadas.

Junto a un camino se arrastraba un ruso en un campo de patatas. Pregunté a sus camaradas si buscaba patatas, y me dijeron: «No, no puede teneirse en pie, está borracho perdido». Después supe que la tropa había saqueado un almacén de bebidas. Por lo demás, tenían los rusos un gran aspecto; era una gente hermosa, de gran talla, corpulentos, con los uniformes en buen estado; el mejor soldado que pueda desearse.

En las inmediaciones de la ciudadela vi pasar al teniente general E, al mayor H, al jefe de policía von Glasenapp, al Dr. Gangofer y otros. Subí al auto de Gangofer, mientras se incorporaba el mío. El nuevo puente ya estaba terminado. ¡Parecía un milagro!

En una pradera había un par de centenares de ciudadela y edificios anexos. Cuarteles, pabellones

fuego nutrido. Junto al puente de hierro del Vístula, se veía una flotilla de vapores volados, cuyos blancos salvavidas habían sido lanzados a tierra en todas direcciones.

Fuego y devastación por todas partes. Los almacenes de trigo ardían y se olía a pan quemado. A pesar de ello se salvaron grandes cantidades de víveres, y cayeron en poder del vencedor 700 cañones y una enorme masa de municiones. Muchas de estas piezas eran modernas, pero la mayor parte, de modelos anticuados. A casi todas las piezas de artillería les faltaba el cierre, que había sido retirado por los rusos y probablemente arrojado al Vístula. Se encontraron dos cañones contra-globos que alcanzaban verticalmente hasta 3,400 metros, y también tres excelentes proyectores. El puente del ferrocarril sobre el Narev estaba volado. Para aumentar la confusión y dificultar los trabajos de reparación, habían hecho chocar los rusos en el centro del puente dos trenes lanzados uno contra otro.

La parada imperial en Nowo-Georgiewsk

Hartos de presenciar tanta destrucción, subimos de nuevo al automóvil para trasladarnos al fuerte 16, siendo al poco rato detenidos por un centinela.

—¿Qué ocurre?

—Se espera la llegada de Su Majestad y el camino debe quedar libre.

Un oficial nos permitió continuar y por él supimos que el Kaiser Guillermo debía llegar a las tres, para revistar en parada a las tropas, en el campo inmediato al mencionado fuerte.

Aún tuvimos tiempo para presenciar el desfile de la brigada de landwehr del conde Pfeil. Iban llegando los automóviles uno tras otro y los generales y oficiales se agrupaban al frente. Por último, llegó el feld-mariscal von Hindenburg acompañado de su jefe de Estado Mayor y amigo, el teniente general Ludendorff. Se produjo un murmullo en las masas y todas las miradas se concentraron en el vencedor de Tannenberg.

Vimos entonces que una hilera de automóviles se aproximaba al lugar donde estábamos. Con agilidad juvenil bajó primero el Kaiser y con paso firme marchó hacia sus oficiales a los cuales saludó. Las tropas desfilaron. Ningún individuo escapó a la mirada penetrante y escrutadora del soberano. Mientras se formaba un cuadro alrededor del emperador y sus generales, habló Su Majestad con el feld-mariscal. Después llamó aparte al coronel conde Pfeil y se informó de los pormenores del asalto del frente del Wkra.

Colocado después el Kaiser solo en el centro del cuadro, habló con una voz que resonaba en todo el campo, sin que se perdiera una sílaba. Dió gracias a sus soldados por su valor y por la imperecedera gloria que para el Imperio habían conquistado, y también por los nuevos laureles con que habían adornado sus banderas victoriosas. El Señor de los ejércitos había extendido sobre ellos sus manos protectoras, obrando en provecho de la Patria. Citó con encomio al conquistador de Amberes que hoy había unido a su nombre el de otra gran plaza fuerte. Manifestó su gratitud al conde Pfeil que dirigió la ruptura con la ayuda de sus valientes tropas. El poder hablar a sus soldados sobre el campo de batalla, en el día memorable de la toma de Nowo-Georgiewsk, lo consideraba el Kaiser como una dicha que jamás olvidaría.

El Kaiser habló despacio y seguro; no repitió ninguna palabra. Su voz no vibró en lo más mínimo, sino que resonaba con la energía imperativa de un gran Soberano. En sus maneras, en sus movimientos y en el tono de su voz se descubría la inquebrantable seguridad de la victoria en todos los frentes. Y allá entre sus tropas se destacaba su figura como la encarnación de la firmísima voluntad de Alemania de vencer a sus enemigos y de reconstruir el Imperio sobre bases más anchas y sólidas.

Acompañado de los generales y de otros oficiales regresó el Kaiser a su automóvil. Yo seguí en aquella dirección con el almirante Müller y el señor Frentler. Al pasar a unos diez metros del coche del Kaiser, oí que éste me llamaba y me acerqué apresuradamente. A su izquierda estaba sentado el coronel general von Beseler, en el asiento de delante el ge-

neral barón de Falkenhayn con su ayudante. «¿Qué me dice V.?—En pocos días dos plazas como Kowno y Nowo-Georgiewsk», fueron sus primeras palabras. Y después me contó los prisioneros y material cogidos en ambas plazas. Sus ojos centelleaban. «¿Quién es capaz de imitarnos?» Su excelencia von Beseler se sonreía como si pensara: cuando anteayer hablabamos, no podíamos suponer un desenlace tan rápido.

El Kaiser tenía un aspecto magnífico, como la última vez que le había visto: era el símbolo de la concentración de todas las fuerzas y energías, y seguramente que no descansará un momento hasta lograr un triunfo completo y haber garantizado la intangibilidad de Alemania en lo porvenir.

Otro vigoroso apretón de manos y el auto salió hacia el recinto O. del campo atrincherado, donde otro cuerpo de ejército había de recibir el testimonio de gratitud del Kaiser.

De la obra «Hacia el Este» del gran explorador sueco Sven Hedin.

Traducido por el
MARQUÉS DE ZAYAS,
Coronel de Estado Mayor.

LA PRÓXIMA GUERRA

El general Skugarevski ha publicado en el periódico *Ruskoie Slovo* un artículo que parece apocalíptico sobre los horrores de la próxima guerra. Sus presagios no parecen exagerados en muchos aspectos, sino más bien tímidos. Nuestros lectores se enterarán con agrado del siguiente amplio extracto.

Cuando menos decisiva sea la victoria de los aliados, tanto más inevitable será la próxima guerra, para dentro de diez o veinte años. Durante este intervalo, todas las naciones aumentarán febrilmente sus armamentos.

El próximo conflicto será, como todos los anteriores, una guerra *sin precedentes*. La guerra de Crimea duró cuatro años y fué una guerra *sin precedentes*; las balas llegaban a distancias enormes, casi ¡mil pasos!, pero a 300 no había medió de poner una bala en un árbol copudo. Eran los tiempos en que se llamaba loca a la bala y sólo la bayoneta era cuerda.

El cañón rayado hizo su aparición en la campaña austro-prusiana de 1866; el fusil era más perfecto. La guerra costaba dos millones diarios (ahora cuesta treinta); no es extraño que aquella fuese una guerra *sin precedentes*.

Con más motivo todavía lo fué la franco-alemana de 1870-71. Los alemanes llevaron a Francia casi un millón de hombres, pero este esfuerzo fué juego de niños, porque después se reforzaron los armamentos, y a los ejércitos sucedieron los *pueblos armados*. Por días y por horas se multiplicaron los preparativos, y en 1912 se creyó que se había llegado al límite máximo.

¡Crasísimo error! Los cuatro o cinco millones de combatientes que las más grandes Potencias habían considerado como ideal supremo, se han trocado al cabo de dos años en diez millones. Para este esfuerzo nadie, ni la misma Alemania, estaba preparado. To-

do ha tenido que improvisarse y crearse durante la guerra. Ahora, se procura verter en las filas del ejército a todos los hombres aptos, pero se tropieza con la falta de armamento, municiones, automóviles, aeroplanos, vestuario, y también con la insuficiencia de oficiales y de una organización preparada. Sólo al cabo de dos años se han encontrado los beligerantes en disposición de emprender una campaña decisiva. Claro es que la presente conflagración es una guerra *sin precedentes*.

Para la guerra futura la humanidad habrá aprendido a prepararse. Todos los hombres útiles tendrán que aprestarse a defender a su nación. Según las estadísticas más serias, la población masculina comprendida entre los 20 y los 45 años es el 17.8 por ciento del total. Pero la experiencia está demostrando que también pueden prestar el servicio militar los jóvenes de 17 a 20 años (3 por 100) y los hombres de 46 a 50 (4 por 100), de modo que, en resumen, el ejército se compondrá del 25 por 100 de la población; descontando un 5 por 100 por enfermos e inútiles, se llega a la conclusión que las fuerzas militares de un país ascenderán al 20 por 100, o sea el quinto de la población total.

Dentro de diez años, Rusia tendrá más de 200 millones de habitantes, y su ejército será de 40 millones. La población de Alemania no habrá llegado a 100 millones, ni su ejército a 20 millones. La fuerza militar está determinada, no sólo por el número, sino por la disciplina, organización, instrucción, equipo, etc., sin mencionar el talento de sus caudillos.

Para un ejército de 40 millones de hombres se necesitarán 300.000 oficiales. Es imposible crear un número tan grande de buenos oficiales acudiendo sólo a los muchachos que abracen voluntariamente esta carrera, y no hay que pensar en improvisar oficiales, que nunca resultan bastante capaces. Será necesario instituir la conscripción obligatoria para la recluta de oficiales; todos los jóvenes que hayan recibido una instrucción media, tendrán que servir como oficiales. Será menester adoptar medidas, que eviten lleguen al rango de oficial personas sin condiciones para el cargo. En todas las Escuelas del Imperio tendrán que instituirse gimnasios y clases militares prácticas, a la vez que enseñanzas científicas de diferentes ramas de la ciencia militar.

No podrán ser desatendidos los servicios del interior del país y de la retaguardia de los ejércitos, donde ciertas ocupaciones del trabajo masculino pueden ser desempeñadas por mujeres: cocinas, almacenes, panaderías, vestuario, calzado, fábricas, etc. Tal vez sea necesario introducir la conscripción para las muchachas y viudas sin hijos, para aumentar el número de hombres enviados al frente. Tampoco serán olvidados los intereses de la agricultura y de la industria, necesarios para la economía nacional y para proveer de recursos que permitan la continuación de la guerra.

En un ejército de 40 millones de hombres, habrá 25 a 30 millones de infantes, uno a dos millones de ginetes, cinco millones de artilleros, un millón de ingenieros, y unos cinco millones de intendencia, parques, transportes, hospitales, cuarteles generales e instituciones económicas.

Figurarán en el ejército 100.000 cañones, un millón de ametralladoras, decenas de millares de auto-

móviles: acorazados, camiones y ligeros. Para comenzar la guerra se necesitarán por lo menos 50 millones de proyectiles de artillería y cinco mil millones de cartuchos de fusil.

Si se consigue inventar una sustancia que se transforme rápidamente en gases sin desarrollar gran cantidad de calor, los fusiles modernos se transformarán en armas automáticas, como las ametralladoras.

La aviación adquirirá un impulso inmenso. Dentro de diez o veinte años, cada país contará sus dirigibles por millares, y sus aviones por decenas de millares, si no centenares de millares. También será alentada la aviación civil.

Las batallas en el aire entre las escuadrillas aéreas se evitarán cuidadosamente, porque en ellas se arriesgaría un material demasiado precioso. En compensación, se extenderá el bombardeo aéreo de grandes zonas de territorio. Y si las leyes de la guerra permiten el empleo de materias inflamables y sustancias que desarrollen gases tóxicos, entonces los ataques de las escuadrillas aéreas convertirán instantáneamente extensos distritos de muchos kilómetros cuadrados en completos desiertos, de los que desaparecerá todo vestigio de vida animal y vegetal, y en los que los mayores cuerpos de tropas serán destruidos con la misma facilidad que si se tratase de un solo hombre.

No cabe predecir hasta qué punto aumentarán los calibres de los cañones, pero indudablemente los proyectiles se lanzarán a docenas de kilómetros de distancia, y los aeroplanos serán indispensables para corregir el tiro de la artillería. Dover podrá ser cañoneado desde Calais.

La fortificación de líneas enteras se proyectará en tiempo de paz. Antes de la guerra se tendrán hechos todos los preparativos para las obras, reunidos los materiales y maquinaria, y al decretarse la movilización los proyectos serán ejecutados rápidamente; las líneas fortificadas se establecerán en pocos días, allá donde sean necesarias y en el número que convenga.

La alimentación del ejército exigirá un esfuerzo inmenso. Calculando dos libras de pan o galleta por hombre al día, una masa de 40 millones de hombres necesitará diariamente 32.000 toneladas de pan, para cuyo transporte habrán de emplearse 100 trenes, y casi el mismo número para el transporte de conservas. En cuanto a la carne, serán menester, si la guerra dura un año, 20 millones de cabezas de ganado. En Rusia, si la ganadería no se desarrolla más deprisa que la población, no existirán más de 60 millones de cabezas, existencia que se consumirá en dos años de campaña.

Los gastos del ejército, en la guerra futura, sumarán 500 millones de pesetas diarias; en un año se gastarán 180 millones de millones de pesetas.

En tiempo de paz, Rusia habrá de mantener un ejército de 2 y medio a 3 millones de hombres, cuyo coste no será inferior a 2.500 millones de pesetas al año. Igual cantidad se invertirá en dotar a las tropas de un nuevo fusil, mientras que la aparición de nuevos cañones pueden traducirse en desembolsos de muchos millones. Es difícil calcular los gastos precisos para la renovación del material cuando concluya la presente guerra, pero es de presumir que se con-

tarán por centenares de millares de millón. El pago de los intereses de la deuda consumirá anualmente 6.250 millones de pesetas.

La preparación para la guerra futura estará tan enlazada con los problemas económicos y las actividades de todos los órdenes, que no podrá ya estar a cargo de un solo ministro. Será necesario crear el ministerio de preparación para la guerra. Además del servicio obligatorio en lo relativo al personal, transportes y motores, acaso sea necesaria la conscripción obligatoria para los cereales, carnes y forrajes. Todos los establecimientos industriales tendrán que trabajar para el ejército, al declararse la guerra, siguiendo un plan especial de movilización que ha-

y la población de las naciones disminuirá en términos aterradoros. De aquí que, una vez aplastada Alemania, se imponga un concierto general entre los Estados para limitar los armamentos. Habrán de conferirse plenos poderes a un tribunal internacional.

Las decisiones de este tribunal se apoyarán, ante todo, en la opinión pública. La presente guerra ha provocado tales trastornos económicos y financieros, que la indignación universal ha estallado. En lo porvenir será imposible el no contar con la opinión pública. No es menester que se ponga a la disposición del tribunal de arbitraje un ejército internacional, de la misma manera que tampoco hay que atribuir eficacia a las decisiones puramente escritas y



Campamento alemán en las dunas al S. de Ostende

brá de ser estudiado en tiempo de paz. Probablemente será necesario tener inmensos almacenes de distribución, antiguamente aconsejados por el fantasma pavoroso del hambre, y ahora necesarios por la guerra. No hay que insistir en pormenores. Pero si algo es indudable es que la guerra futura—dentro de diez o veinte años—será *sin precedentes* con relación a las anteriores.

Los elementos para el exterminio de la humanidad serán de tal naturaleza, que todo lo sabido hasta ahora palidecerá a su lado. Los muertos se contarán por millones y los heridos por decenas de millones. Si una guerra así se prolonga más de un año, no habrá medidas de previsión capaces de salvar del hambre, del empobrecimiento y de la ruina a los pueblos,

platónicas del tribunal de la Haya. Existen otros medios. En vez de entregar al tribunal arbitral una fuerza militar, se le puede armar con el poder del capital. Muchas discordias internacionales podrían solucionarse con el castigo de que un Estado pagase a otro una cantidad determinada. A este fin, cada Estado depositaría en un Banco de Amsterdam una cantidad determinada, reservándose el derecho a percibir los intereses, mientras el capital estaría a la disposición del tribunal para la adjudicación de pagos de acuerdo con sus decisiones.

Otras medidas habrán de ser propuestas para la restricción del militarismo y no pocas habrán de adoptarse, si la humanidad no quiere llegar a su completo exterminio.

CRÓNICA MILITAR

I. La ofensiva franco-inglesa en el Oeste y el fin de la guerra.—II. La campaña austro-italiana.—III. El exceso y el defecto en la defensa de las plazas fuertes.—IV. La situación el 25 de agosto

I.—La ofensiva franco-inglesa en el Oeste y el fin de la guerra

Como los alemanes en Ipres y Verdun y los franceses en Artois y Champagne, las acciones ofensivas cuidadosamente preparadas y emprendidas con elementos suficientes han tenido siempre un éxito inicial, que fué atenuándose poco a poco hasta concluir por desaparecer. La resistencia de las tropas atacadas, aunque incapaz de contener el empuje del ofensor, fué la bastante para dar tiempo a la llegada de tropas frescas de reserva, que restablecieron el equilibrio del combate.

Según esto, no pocas personas se preguntan: ¿por qué los alemanes insisten en sus ataques en Verdun y los aliados en el Somme? ¿No sería mucho más acertado y eficaz multiplicar los ataques en diversos puntos, simultanearlos, y suspenderlos después de obtenidas las primeras ventajas? Este sería el procedimiento más razonable, pero no siempre se hace lo que se quiere, sino lo que se puede.

Una ofensiva formal en el teatro del Oeste exige algunos meses de preparación; hay que mejorar y completar las redes de caminos ordinarios y de hierro, reunir un inmenso material de transporte, acopiar municiones, material y vituallas en cantidades fantásticas, trasladar centenares y centenares de cañones y montarlos en batería, agrupar de nuevo el ejército, efectuar reconocimientos, tanteos y exploraciones largos y minuciosos, ejecutar diversiones en otros lugares del frente, y, finalmente, abrir un fuego violento y sostenerlo sin que decaiga durante cuatro, cinco o más días. Teniendo todo esto en cuenta, un ejército que se empeña en una ofensiva queda imposibilitado de emprenderla en otra parte, y entre cada dos empujes han de transcurrir varios meses. Tampoco es admisible que las tropas que han tomado parte en una de esas batallas sean trasladadas rápidamente a otro sector y reanuden allí el combate, toda vez que después de las primeras jornadas quedan los cuerpos tan quebrantados y desorganizados, que no hay más remedio que retirarlos a segunda línea y llevar a la primera las reservas; un ejército en estas condiciones ni puede multiplicar sus esfuerzos, ni siquiera sostener un empuje con el ímpetu que lo empezó.

Tal vez—opinan algunos—si la guerra se prolonga llegaran los aliados o los imperiales a duplicar o cuadruplicar sus medios de guerra, y sería posible la acción simultánea que hoy les está vedada. Esta creencia tiene escaso fundamento. Si uno de los grupos beligerantes aumenta y refuerza su material, lo mismo hace el otro; los atrincheramientos, abrigos y comunicaciones—lo que se llama organización defensiva—se perfeccionan diariamente y son más difíciles de conquistar; y, ante todo, no hay éxito, ni victoria, sin una intervención cada vez mayor de las tropas y en número también mayor; este factor, el humano, que es constantemente el que prepondera

sobre los demás, va perdiendo energías y decae lentamente, pero decae. De lo cual resulta que la preparación de los asaltos podrá ser en lo porvenir más fácil, pero su ejecución irá perdiendo intensidad y se sostendrá menos tiempo. El método del martilleo empleado por los alemanes en Verdun, sólo podrá tener resultado aplicado contra una plaza fuerte.

Comprobada repetidamente en el teatro oriental la escasa utilidad y eficacia de la ofensiva prolongada en el mismo punto, parece que lo lógico sería limitarse a los primeros éxitos y suspender la acción luego de obtenidos, ahorrándose sacrificios estériles que agotan las fuerzas propias e inutilizan al ejército para nuevas operaciones en grande escala. De esta manera, el ofensor conservaría su libertad e iniciativa y podría golpear, con breves intervalos, en diferentes lugares del frente, alcanzando, por la suma de pequeños éxitos tácticos, una positiva ventaja estratégica. Así se conducirían de seguro los aliados si el enemigo no abandonase la actitud pasiva, se redujera a rechazar los ataques; entonces, el atacante se consolidaría en el terreno conquistado, haría alto en su avance, y tranquilamente prepararía un nuevo intento; a la larga, la victoria sería suya, crecería la moral de sus tropas y menguaría la del defensor.

De aquí que el mando alemán ponga especial cuidado en evitar ese estado de cosas, que sería funestísimo al ejército invasor. Llegado el combate al momento de equilibrio, cuando ya está roto el impulso del avance y la artillería no puede proteger nuevos progresos, los alemanes, que hasta entonces se han mantenido a la defensiva, comienzan sus contraataques. En virtud del retroceso del frente, la artillería se encuentra en buenas condiciones para batir al asaltante, el cual, moviéndose en una área removida profundamente por los proyectiles de gran calibre, no cuenta con los medios de protección que tenía antes de pronunciar el primer ataque. Por este motivo, cuanto más rápido e intenso haya sido el avance inicial, tanto más difícil es rechazar los contraataques del defensor. Al cargar furiosamente los alemanes, los aliados, que no han tenido tiempo de organizar defensivamente el terreno ocupado y cuya artillería pesada ha quedado muy lejos a retaguardia, han de echar mano de sus reservas, y en la lucha indecisa que sobreviene se consume una cantidad de tropas mayor que la empleada en el período inicial, único fructífero, de la batalla. Y han de obrar forzosamente de esta manera, porque de lo contrario se expondrían a perder todo o casi todo el terreno conquistado. Véase, pues, cómo la contraofensiva alemana fija las fuerzas del adversario, las obliga a empeñarse, y se descarta o aleja otra ofensiva fulminante en un segundo punto del frente. Ejerce el atacante la iniciativa al empezar la batalla, pero la pierde en cuanto se pronuncia el contraataque del defensor, la lucha se eterniza hasta que el cansancio o las bajas imponen la tregua; han de transcurrir des-

pués meses enteros antes de repetir la maniobra en otro lugar.

Con estos métodos no se alcanzará fácilmente el fin de la guerra; los beligerantes se agotan, se desangran; hay que esperar que la paz nazca de la extenuación. Lo importante es que al llegar este momento no pierda uno de los bandos la condición de invasor o cese el otro del triste puesto de invadido. Pero hay una terminación más probable y lógica: aquel de los dos grupos que haya perdido menos energías, realizará un esfuerzo supremo—sin reparar en bajas—cuando el adversario esté decaído, y en su último período la guerra ofrecerá un cuadro parecido al que presentó en sus comienzos. El sistema del desgaste sólo es admisible a condición de coronarlo con una acción violentísima que triture los últimos alientos del más débil.

II.—La campaña austro-italiana

El servicio de información de los imperiales en los países enemigos ha sido siempre deficiente en Rusia. Se demostró al estallar la guerra, cuando la movilización rusa no fué ni sospechada siquiera por Alemania y Austria-Hungría; pero también durante la primera invasión de Galizia; y ha fracasado ruidosamente en el mes de mayo último, porque es indudable que si los austriacos se hubieran percatado de los preparativos del general Brusilov, no desguarnecieran el frente ruso para emprender la ofensiva en el Tirol, ni realizaran luego los movimientos de tropas que han acarreado la pérdida de Gorizia y la línea del Isonzo.

Contra este sector dirigieron desde el principio los italianos su acción principal; deseando evitar el peligro de un ataque de flanco o de revés, fueron extendiendo las operaciones a toda la frontera, hasta la de Suiza, llegando a una evidente dispersión de tropas y a la disminución de la energía en el ataque. En el primer año de guerra, pocas ocasiones han dado los italianos para que se les prodiguen las alabanzas. Parecía que, más que el propósito de avanzar y romper el frente enemigo, les guiaba la idea de no ser derrotados. Las tres grandes batallas de Gorizia fueron otras tantas derrotas, y el empuje austriaco en el Tirol vino a patentizar que, pese a todas las precauciones, era siempre posible y relativamente fácil el tan temido ataque de revés. Este descalabro fué una condenación en toda regla de los métodos empleados por el alto mando italiano: el frente de protección, tan laboriosamente formado, no protegía contra las reacciones enemigas y en cualquier momento podía encontrarse en situación crítica el ejército del Isonzo.

Para acudir a la amenaza de que era objeto en el Tirol, todas las reservas italianas fueron reunidas en las llanuras, desde Vicenza al Isonzo. Derrotados los austriacos por los rusos, las tropas que habían sido enviadas al Trentino tuvieron que regresar a toda prisa a Galizia; aprovecharon los italianos esta circunstancia para tratar de recuperar el terreno perdido, sin conseguirlo, pero, no obstante, lograron retener en el Tirol más tropas austro-húngaras de las estrictamente necesarias; y, persuadidos de que la atención de Austria se fijaba únicamente en el teatro oriental, volvieron sus reservas hacia el Isonzo y rá-

pidamente, en dos días, rompieron la resistencia enemiga y se adueñaron de unas posiciones por cuya conquista habían luchado en vano durante catorce meses.

Vemos pasar sin transición al general Cadorna de la timidez y prudencia de los primeros meses a la resolución y energía más extremadas. Indudablemente supo que los austriacos no se encontraban en estado de contraatacar, que habían debilitado sus tropas del Sur, y aprovechó tan feliz oportunidad. El éxito de ahora pudo haberlo obtenido en junio de 1915, si hubiera procedido con la misma determinación, pero, de todos modos, ha desplegado últimamente una audacia que no se encontraría, aunque se la buscara, en el teatro occidental.

Porque es evidente que las nuevas posiciones que los austriacos ocupan en el Tirol favorecen más que las antiguas una reacción ofensiva, y que cuanto más se internan los italianos al E. del Isonzo, tanto más comprometida sería su situación en caso de un triunfo del adversario en el Tirol o el Sur del Trentino. Estas consideraciones, que tanto pesaron en el ánimo del general Cadorna en los primeros tiempos, han cedido ahora su puesto a otras más militares; los resultados, a la vista están.

Sin embargo, las disposiciones generales tomadas en el resto del frente no han sido modificadas apenas; tampoco ha seguido a la toma de Gorizia un fuerte ataque en el Isonzo septentrional ni en la parte sur del Carso, y de ello hay que deducir que el mando italiano no se propone una maniobra ofensiva, de penetración a todo trance, para llegar a una victoria decisiva, sino la ocupación de los territorios que Italia ambicionaba y que espera conquistar a cubierto del empuje que ejerzan los rusos en un teatro y los anglo-franceses en el otro. No deja de ser este un concepto pequeño y particular de la guerra—concepto que está en armonía con los antecedentes guerreros de los italianos—, reducido a obtener las ventajas que se deriven de la situación creada al adversario en los demás frentes. Si se equivocara en sus esperanzas, los éxitos en el Isonzo y más al E. quedarán en todo momento a merced de lo que ocurra en el Tirol, que siendo la zona menos temible e interesante para Austria es la más peligrosa para Italia.

Como quiera, no ha de regatearse al general Cadorna el mérito de la oportunidad, que debe acompañar siempre a toda operación ofensiva. Por el pronto, Gorizia y el Isonzo han sido su objetivo; si el poderío militar austriaco se derrumba, no habrá ya que temer la amenaza del Tirol y veremos pugnar enérgicamente a los italianos por abrirse paso hacia Leibach y Trieste; mientras que si los imperiales contienen y hacen retroceder a la oleada rusa, es casi seguro que las operaciones de los italianos vuelvan a revestir el carácter prudente y lento que han tenido hasta aquí, quedando reducidas a ejercer presión sobre el enemigo y asestar un fuerte golpe cada vez que se presente una ocasión propicia. Este papel de distraer fuerzas adversarias es el que asumieron los italianos al declararse la guerra; es poco probable que lo abandonen para engrandecer su intervención, teniendo cerca el ejemplo de los aliados del Oeste, que parece han abandonado a los rusos la misión de operar en grande escala.

Se infiere de lo expuesto que el teatro austro-ita-

liano continúa siendo secundario; y que así como los éxitos austriacos en el Tirol se malograron por las victorias rusas, una derrota de los ejércitos del Czar no tardaría en repercutir en el S., con funestas consecuencias para los italianos. Tienen éstos a su favor, con todo, la ventaja inmensa de disponer de fuertes reservas, que, según todos los indicios, escasean ya en la monarquía austro-húngara; esa falta habrá de notarse en el frente italiano antes que en el ruso.

III.—El exceso y el defecto en la defensa de las plazas fuertes

Todas las plazas belgas y algunas francesas fueron barridas, como el polvo por el huracán, por los ejércitos alemanes en su irresistible marcha de invasión. Las más formidables fortalezas rusas se derrumbaron estrepitosamente; días, horas en algunos casos, bastaron a los alemanes para apoderarse de plazas fuertes que se pensaba resistirían meses o años; en Novo Georgievsk, fortísimo campo atrincherado, casi cien mil rusos se entregaron prisioneros. ¿Quién, recordando estos precedentes, no se sentirá asombrado ante la defensa de Verdun, contra la cual fortaleza han acumulado los alemanes medios que no necesitaron antes? Verdun no es más fuerte que Amberes ni que las renombradas plazas rusas. ¿A quién se debe el milagro? Al ejército defensor. No es la primera vez que lo digo: la mejor fortificación mal defendida es mejor que la defectuosa enérgicamente mandada y guarnecida; así como el más potente cañón manejado por manos inexpertas rinde menos servicios que la humilde ametralladora, así el arte y la ciencia, con todos sus recursos, no pueden igualar al entendimiento y a la voluntad del guerrero.

No son los fuertes, ni los fosos, ni los cañones, los que atajan el paso a los alemanes en Verdun; tampoco fueron ellos los culpables de que las líneas del Niemen, Narev y Vístula parecieran de juguete. En esto, como en todo, hay que ir a la causa primera, que es el hombre, el cual se batirá con tanta más eficacia cuanto mejores sean los elementos puestos a su disposición, pero sin que jamás éstos, de meros auxiliares que son, pasen a desempeñar el papel principal. El vencido suele atribuir a la fortificación o al armamento o a la falta de municiones o a la escasez de víveres o al terreno, la culpa de su derrota, pero jamás el vencedor renuncia en favor de esos elementos inanimados el mérito del triunfo; la derrota, como la victoria, se encuentra en las resoluciones y conducta de las personas.

En Bélgica, como en Francia y en Rusia, las guarniciones de las plazas fuertes, que habían visto huir en dispersión a sus camaradas del ejército de operaciones, se sintieron derrotadas antes de ser atacadas, y los baluartes más poderosos se rindieron. En Verdun acontece lo contrario. Pero así como a nadie se le ocurrirá poner como modelo de defensa la opuesta por una cualquiera de aquellas plazas, desde Lieja a Vilna, pasando por Amberes y Varsovia, ¿se citará en lo porvenir como ejemplo en que inspirarse la resistencia de Verdun? Es pronto todavía para dar una respuesta categórica; cabe, sí, el adelantar algunas reflexiones, de oportunidad ahora y más adelante.

Cayeron las plazas belgas, francesas y rusas, pero gran parte de los ejércitos respectivos pudo salvarse,

se reconstituyó poco a poco, y volvió con el ardor que presenciábamos a los campos de batalla. Las organizaciones defensivas cumplieron, cual más, cual menos, su papel mínimo, y la guerra continuó.

En Verdun, los franceses están realizando un esfuerzo estupendo por rechazar a los alemanes. No ya el ejército asignado a la defensa de aquel sector—ejército que fué deshecho en las primeras semanas del sitio—sino otros más, siempre renovados, han sido empeñados allí, con lo cual el ataque al campo atrincherado está revistiendo también el carácter de batalla. Es una batalla del Somme en la cual interviniera una robusta fortaleza alemana que sirviera de apoyo a todo el frente y cerrara el camino de Amberes. Como consecuencia de semejante esfuerzo, en Verdun se ventila algo más que la posesión de uno de los lugares estratégicos de Francia: está allí empeñada la existencia misma del ejército francés. Si algún día cae Verdun, es de suponer que será porque el ejército francés se encuentre tan maltrecho que no esté ya en disposición de sostener el choque en campo abierto con el ejército alemán, y aquel día no será precisamente Verdun lo que se derrumbe, sino el poderío militar de la República francesa. Entonces surgirá la duda acerca del acierto del mando; no faltará quien opine que la resistencia se ha extremado demasiado; que de un objetivo de segundo orden, material, se ha hecho el objetivo principal, el ejército de operaciones; y que a la postre Verdun ha resultado funesto.

Porque después de perder muchas fortalezas, franceses y rusos pudieron seguir luchando; ¿hubiera acontecido lo mismo si comprometieran la masa de sus fuerzas en la defensa de un punto determinado? Esto último es lo que se ha hecho en Verdun. Si la plaza resiste hasta el fin, el objetivo estará logrado; pero, aun entonces, ¿no se le hubiese podido alcanzar de otro modo menos costoso y más brillante, que influyera más en el curso de la guerra, como se ha intentado e intenta en el Somme? Por ahora, es muy dudoso el acierto con que se está manejando el instrumento inerte de Verdun; el porvenir nos dirá si el extremar la resistencia más allá de lo razonable y prudente ha sido un grande error.

Nunca la suerte de los ejércitos ha de ligarse a la de una plaza; éstas se erigen para que aquel luche en mejores condiciones, conserve sus fuerzas y no pierda la libertad de movimientos; cumplidos estos fines, y quebrantado que sea el adversario hasta perder su superioridad o hasta que el ejército propio se encuentre en condiciones de reaccionar, las tropas de campaña no deben pedir nada más a la fortificación ni a la artillería, y mucho menos han de desangrarse o agotarse intentando salvar una fortaleza que ha cumplido ya su misión. Verdun la ha llenado con creces, gloriosa y heroicamente; no hay motivo para que la flor del ejército francés se aferre a las ruinas de los fuertes y se mantenga supeditado a la voluntad e iniciativa del adversario, cuando está demostrando en otra parte que también él las sabe asumir. Si viciosa es una resistencia insuficiente, no menos viciosa que se consuma un ejército en una empresa que tiene poco o nada de estratégica y cuya utilidad directa—rechazar al enemigo—no puede jamás compensar el abandono de la ofensiva, posible puesto que el adversario es más débil.

IV.—La situación el 25 de agosto

El acontecimiento culminante de esta semana es la doble ofensiva, búlgara y aliada, en Macedonia. Se recordará que los germano-búlgaros se habían detenido junto a la frontera de Grecia, que sólo habían traspuesto un poco en la orilla izquierda del Struma. El general Sarrail—cuyo ejército fué últimamente reforzado por contingentes italianos y rusos, inició un movimiento de avance en el centro, en el valle del Vardar, atribuyéndose éxitos en la estación de Doiran, y se extendieron hacia Seres, en la izquierda del Struma; al mismo tiempo, algunas tropas serbias tomaron la ofensiva en el sector de Florina, en dirección a Monastir. Apenas empezados estos movimientos, y, como si los búlgaros esperasen este ataque para desarrollar un plan ya preparado, su ala derecha se internó en la Macedonia griega, se apoderó de Florina y empujó a los aliados hacia el S.; al mismo tiempo, el ala izquierda búlgara ocupó Demir Hissar, desalojó de Seres a los aliados y les obligó a repasar el Struma, en cuya margen derecha se refugiaron. En el centro, una brigada mixta, de tropas árabes, tuvo que ceder también ante la presión búlgara. De modo, que al ataque del centro emprendido por el general Sarrail respondió su adversario con un contraataque, combinado con una doble maniobra de ala.

Las tropas griegas han evacuado el territorio a medida que lo ocupaban los búlgaros, sin oponerse al avance de éstos. En el ejército búlgaro—cuyo efectivo total, según la prensa aliada, es de unos 200.000 hombres—figuran tropas alemanas de servicios especiales, en escasa cantidad.

Estas operaciones, en sí mismas, han sido poco importantes y no han dado lugar a verdaderas batallas, aunque los combates continúan, pero constituyen un mal precedente para las que acaso intente el general Sarrail, pues revelan que el adversario está dispuesto y no es tardo en la resolución ni en la acción. Las ha provocado el comandante en jefe de los aliados, aunque es muy dudoso que se propusiera un ofensiva formal y a fondo. Es más lógico atribuir sus determinaciones al deseo de cooperar en la obra del ejército ruso y ejercer cierto influjo sobre Rumania; tal vez se engañó al juzgar las fuerzas y la iniciativa de los búlgaros. Cualquiera que sea el resultado de las luchas que sobrevengan, es lo cierto que los búlgaros, haciendo avanzar sus dos alas, ocupan una posición estratégica mejor que la de antes. Para emitir un juicio definitivo conviene esperar algunos días; cuesta trabajo creer que, después de ocho meses de inactividad, el general Sarrail estuviera tan mal informado sobre su adversario y se arriesgara a un ataque en el centro sin tener bien cubiertos los flancos. Por lo que hasta ahora ha tenido lugar, no ha sido ésta la ofensiva general en Macedonia que hace mucho tiempo anuncia la prensa aliada.

En Armenia, los rusos se apuntan algunos pequeños éxitos, que figuran en el haber de los turcos en Persia. En general la situación no se ha modificado.

Ha habido escaramuzas en el sector de Valloná, donde se encuentran algunas tropas austriacas, con partidas auxiliares de albaneses.

Están detenidos los italianos en Gorizia. Contraatacan con frecuencia los austro-húngaros, tanto en este punto como en el Carso y en el Tirol. Se dice que han recibido refuerzos y que han montado más cañones en estos frentes; es noticia que necesita ser confirmada por los hechos.

En el teatro oriental, está contenida la ofensiva rusa en toda la línea de batalla mandada por el mariscal Hindenburg, o sea desde Riga hasta el Dniester; desde este río a las fronteras de Transilvania, o sea en el frente que tiene a su cargo el archiduque Carlos, las operaciones son indecisas, habiendo logrado algunas insignificantes ventajas cada uno de los dos adversarios. La lucha no ha producido un resultado definitivo y habrá de continuar todavía algún tiempo, siendo de creer que vuelva a recrudecerse en el Norte y tal vez en el centro.

La lucha ha revestido caracteres de gran violencia en la región del Somme. Al N. del río, los ejércitos francés e inglés han continuado sus lentos avances en la dirección de Comblès, desarrollándose combates furiosos cuyos resultados no armonizan con las pérdidas y el derroche de municiones del ofensor. Los alemanes observan su conocido método del contraataque, pero el fuego de su artillería aumenta de día en día en intensidad y se da a esta arma una preponderancia que no tuvo en las primeras semanas, síntoma evidente de que los alemanes han aumentado el número de piezas en aquel sector. En la orilla S. del río la batalla es menos viva y los dos adversarios conservan aproximadamente las mismas posiciones en que se encontraban.

Continúan los ataques franceses en la región de Verdun, hasta ahora sin éxitos. Sus constantes objetivos son las posiciones que se extienden desde Fleury a las defensas de Thiaumont. Como la superioridad de la artillería alemana subsiste, forzosamente esas reacciones han de acarrear pérdidas considerables a los franceses, poniéndoles en condiciones desventajosas para cuando el sitiador reanude sus asaltos. Nada de particular en el resto del frente francés.

Ayer, 25, los dirigibles alemanes han bombardeado las provincias del E. y S. E. de Inglaterra, causando daños de consideración, incluso en Londres.

Los submarinos alemanes echaron a pique, el día 19, en el mar del Norte, a los cruceros ligeros británicos *Nottingham* (1914), de 5.400 toneladas y 9 cañones de 15.2 centímetros, y *Falmouth* (1911), de 5.250 toneladas y 8 cañones de 15.2 centímetros. Ambos barcos figuraban en las fuerzas exploradoras de la flota principal. Salváronse casi todas las dotaciones. A este episodio no siguió ningún combate.

La flota alemana de alta mar ha sido vista dos veces, en los últimos días, en el mar del Norte; no ha empeñado batalla con la británica, ni ésta se ha mostrado tan confiada como en la memorable jornada del 31 de mayo último.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

26 de agosto de 1916.